

# Sección: Hacia la ampliación de la sociología

## Juventud y participación política

*Carlos Maza\**

### NOTA INTRODUCTORIA

**E**ste ensayo fue redactado para ser leído en una de las reuniones del Seminario Interuniversitario de Investigación sobre Educación Ciudadana, encabezado por Cristina Fuentes y Clara Inés Charry, a fines de 1997. Como se verá a lo largo del texto, no se trata de un reporte de investigación propiamente dicho, sino de un ensayo, quizá cercano a lo literario, en el que pretendo llamar la atención sobre diversas formas de aproximación a lo juvenil y su impacto en lo político, tratando de esclarecer cuáles son las formas de participación política específicamente juveniles y cuáles tienen la presencia de los jóvenes diluida en modos más amplios de participación en el interior de movimientos sociales y culturales.

La hipótesis central es que sólo en los casos de movilización estudiantil-universitaria se da una participación política específicamente juvenil (es decir, motivada, accionada y realizada sin intervención, o casi sin intervención de adultos), y que en todos los otros casos, la



\* Escritor, licenciado en Sociología por la Universidad Iberoamericana.

manifestación juvenil, aunque tiene siempre connotaciones políticas, éstas no necesariamente son conscientes o intencionadas para los jóvenes; y en los casos de participación política no juvenil (partidaria, de organizaciones sociales, incluso de movimientos armados), la presencia de los jóvenes no impone sus características sino que se diluye en el contorno dictado por movimientos que agrupan jóvenes, mujeres, hombres, tercera edad, etcétera. Así pues, la hipótesis discute la pertinencia del concepto de participación política juvenil e intenta referirla a su inclusión en movimientos de participación política más amplia.

La forma en la que está redactado el ensayo es más bien la de una crónica que intenta recuperar acontecimientos importantes de la historia reciente de nuestro país (y del mundo cuando tienen cierto impacto en nosotros) para tomarlos como ejemplo de distintos niveles de participación juvenil e impacto político. Por esta misma razón he decidido no abundar en referencias bibliográficas o argumentaciones teóricas, que definitivamente serían necesarias en un documento rigurosamente apegado a las metodologías de la investigación. Aunque pertenezco por formación a la disciplina sociológica, me he mantenido un tanto al margen de los procesos de investigación tradicionales, pero no sería mi intención realizar la crítica de un quehacer —el sociológico— en el que yo mismo no he participado de forma constante. Si algún fundamento

tiene la perspectiva desde la cual escribo, sería la propuesta de Edgar Morin con respecto a las relaciones entre sociología y literatura, en donde la primera tendría mucho que retomar de la segunda. Según el autor francés los literatos, especialmente los novelistas, logran dibujar paisajes de la sociedad que los circunda o de la que abordan, con mucha mayor precisión que los procesos tradicionales de investigación sociológica. Y no porque la inspiración o la genialidad de los artistas sea capaz de ver lo que los instrumentos metodológicos de las ciencias sociales no alcanzan, sino porque en el trabajo literario se sigue también una metodología rigurosa que tiene como ventaja la posibilidad de volver más compleja la observación, extendiendo la comprensión de fenómenos desde distintos puntos de vista; axioma central en la propuesta de Morin conocido como *pensamiento complejo*.

Pido, pues, disculpas a los lectores y a los editores por un tal vez excesivo énfasis en cuestiones interpretativas que no se fundamentan en procesos de investigación sino más bien en una observación interesada y en la intención arrogante de enriquecer la reflexión sociológica desde las posibilidades expresivas y de generación de conocimiento del arte literario.

La desventaja de este proceder (aunque puede ser vista también como algo favorable) es que es mucho más vulnerable a la crítica por su contenido descontrolado de apreciaciones valorativas.

Ojalá sirva como catalizador del diálogo y la reflexión conjunta.

Los sucesos recientes en torno al conflicto de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) vienen a corroborar algunas de las ideas vertidas aquí, por lo que he decidido añadir, además de esta nota introductoria que me fue solicitada con toda justicia por los editores, un *post scriptum* en el que intento interpretar el actual movimiento de huelga de los estudiantes de la universidad a la luz de lo dicho en el cuerpo del texto.

## I

*Porque desde abajo, y de día,  
esta ciudad donde nos tocó  
nacer y vivir (y si aquí nos  
tocó qué le vamos a hacer, como  
dice Fuentes), es una ciudad  
enferma y monstruosa y gris y  
miserable; y su miseria sin  
luces y sin gemas, sin redención  
se derrama por el valle y por las  
montañas y las selvas y los  
desiertos donde vive, pero  
muere más que vive...*

El primo Walter a Palinuro;  
del Paso, 1993: 683

Antes del fraude electoral de 1988, antes de la formación del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de 1987, incluso antes de los sismos y de las explosiones de San Juanico, los jóvenes más jodidos de las ciudades grandes, especialmente de nuestro engendro urbano,

se hicieron presentes con lujo de violencia. Hoy quizá podemos verlos como síntoma primerizo, como indicio temprano, de que la sociedad mexicana había cambiado su composición cultural (quién sabe cuánto tiempo llevaba cambiando) y de que habría de ampliarse el espacio público, confundiéndose con el privado, violando al íntimo y sobre todo, sacudiendo el urbano. Como si el tiempo se hubiera ocupado de esconder sus propias manchas, hasta que éstas carcomieron los muros de su encierro e irrumpieron desde su nada sobre el territorio privado de un falso crecimiento económico.<sup>1</sup>

Los investigadores auspiciados por el gobierno, a través del memoriado Consejo de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA), herencia del neopopulismo lopezportillista, no tardaron en relacionar la “emergencia de las bandas” con los característicos grupos de barrio que aparecieron durante los cuarenta y los cincuenta usando la moda de los pachucos, sólo que esta vez aparentaban estar más cerca de lo *punk*. El marco a través del cual se interpretaban éstas y otras realidades, quizá por cerrazón y costumbre, quizá porque efectivamente no existían las “condiciones de posibilidad” para otra cosa, no pasaba de ser el de “la crisis”, que en aquel tiempo aún no resultaba tan sobado, y por ende, tan carente de contenido. Gracias a él se podían remitir todas las desviaciones a la falta de lana, con la ventaja de que era posible hallar culpables, identificar enemigos a

quienes responsabilizar de lo que no podía verse más que como “desintegración social”.

Pero cuando los chavos banda fueron suficientemente golpeados por todo tipo de uniformados, vano intento de integrarlos, y decidieron organizarse institucionalmente, autointegrándose un poco a su modo, los intelectuales apenas comenzaban a entenderlos, a digerirlos. Unos generaron programas de rehabilitación social, muy de acuerdo con lo que cobraban en oficinas de la burocracia; otros se animaron a encontrar en ellos al nuevo agente revolucionario, muy de acuerdo con su nostalgia por propuestas aún recientes, como las marcusianas, que asignaban un carácter revolucionario a los jóvenes, los intelectuales, los marginados y hasta los artistas.

La famosa revolución juvenil no llegó: se difuminó, con menos gloria que la de los sesenta, en alguna rebelión radiofónica efímera de grupos de rock alternativo contra el monopolio de Televisa, que se vio obligada a permitirles un breve espacio de fama (el famoso *boom* del rock en español de principios de los ochenta), mientras los asimilaba, para volver a salir triunfante.

Sin embargo, aquellos chavos banda que formaron el Consejo Popular Juvenil de Santa Fe, el de Neza o las Bandas Unidas de Coyoacán, si bien abrieron brechas para una nueva forma de presión desde la marginalidad, no fueron precisamente los causantes de lo que habría de ser, en sus términos más visto-

sos, la nueva sociedad civil mexicana. Tampoco se convirtieron en herederos del revolucionarismo sesentero y setentero. Incluso cabe pensar que aquellos que se organizaron en instituciones, mismas que muy pronto gozaban del apoyo de las señoras del Voluntariado Nacional, perdieron la brújula de la rebeldía, viéndose obligados a ya no dejar la autopista de la oficialidad gubernamental. De ahí a escenas como la de ciertos chavos banda apoyando la candidatura de Del Mazo al gobierno del Distrito Federal hay un paso muy corto, que no sirve para explicar los cambios en las formas de participación de fines de los noventa.

Por supuesto, los chavos banda no institucionalizados siguieron apareciendo, fieles al modo de ser social que, según los investigadores, habían sido obligados a elegir: marginalidad, violencia, crimen, represión, hambre y drogas. Y como el contexto que los producía seguía y sigue autorreproduciéndose bajo los auspicios del neoliberalismo, sus filas serían muy pronto engrosadas por jóvenes cada vez más niños: los “de la calle”, que para 1992 alcanzaron reconocimiento institucional como problema prioritario y, por ende, se convirtieron en objeto de censo y campaña.

## II

*La sociedad civil es una señora  
que nadie sabe dónde vive*  
Carlos Castillo Peraza, en campaña

Carlos Monsiváis ha sido uno de los más comprometidos promotores de la apología de la sociedad civil mexicana post-temblor-del-'85, aun cuando ahora, quince años más tarde, él también recurre al entrecomillado con los dedos cuando la menciona en una conferencia o entrevista. Es uno de los observadores más convencidos de la nueva sociedad mexicana, y tal vez ha contribuido más de lo que él mismo quisiera a convertir esa apreciación en un gran lugar común que no necesariamente se toca con la realidad: ya todos lo aceptamos como parte de nuestra memoria colectiva y quién sabe hasta dónde se estará convirtiendo en una de esas nociones subyacentes que perfilan a la larga identificaciones sociales. La eventualidad cataclísmica nos dio la oportunidad de ser pueblo soberano durante unos días de septiembre de 1985, porque lo que estaba en cuestión era la vida, y el Estado no pareció preocuparse por ella hasta que entendió que se le iba estrechamente el poder con el pasmo de la inercia.

Pero una vez acordonadas las zonas de rescate, demolición y reconstrucción, cada quien volvió a su cada cual. Los años siguientes verían pasar el tiempo desde una nostálgica pretensión democratizadora, que recibiría más golpes que beneficios de la inalcanzable pero omnipresente modernidad. Los productos sociales del sismo y San Juanico: el movimiento así llamado "urbano-popular"; la lucha por la vivienda, que después fue por el hábitat; las reivin-

dicaciones de las subterráneas costureras, y demás movilizaciones registradas entre 1985 y 1987 se irían convirtiendo en costumbre cada vez menos visible en las páginas de los diarios autodefinidos como progresistas, en los volantes de los "boteros" de la Pascual, en los primeros de mayo independientes formados por contingentes que hubieran querido ser multitudes y no lo fueron.

Después de lo provocado por el sismo de 1985, capitalizado en realidad por escasas organizaciones, que además no han dejado de sufrir los desgastes que les impone el continuo enfrentamiento con la siempre autoritaria estructura del poder político, fue necesario un nuevo pretexto. Se dio en 1987, y se lo debemos a quien habría de ser más tarde secretario de Gobernación.

Jorge Carpizo, como rector de la UNAM, tuvo la idea genial de cancelar una de las puertas ideológicas que había servido de pretexto —cada vez menos— a un tímido discurso de las oportunidades y la movilidad social, del progreso y la modernización nacionales; discurso que desde tiempos de Vasconcelos, quizá de Gabino Barreda, había funcionado como un importante pilar en la construcción de la legitimidad del Estado mexicano.

La reforma de la UNAM que el entonces rector Carpizo anunció, dio pie para una nueva forma del despertar político-democrático de nuestro nacional y desde entonces inaugurado fin de siglo, teniendo esta vez como protagonistas centrales a los que habían sido también

protagonistas fundamentales durante las dos semanas posteriores a los sucesos de 1985: los jóvenes. Pero el hecho de ser ellos —específicamente los estudiantes, y no todos los estudiantes—, el sector social (o grupo o clase o generación o conjunto o manada o rebaño; llámesele como se prefiera) directamente afectado trajo consigo la necesidad de reconocer, más allá de la retórica, una de las más importantes características demográfico-culturales de nuestra patria: su composición eminente e inminentemente joven.

Si bien los brazos de la solidaridad en 1985 pudieron haber sido en su mayoría de jóvenes, asegurar que ese sólo hecho le asignó una cualidad relevante o específica al proceso sería no poner atención. El hecho demográfico de la “juvenilización” implica grandes consecuencias en cuanto a las formas de participación política, pero no necesariamente su juvenilización.

Un tercer hito ochentero de la participación ciudadana, que se provocaba y no alcanzaba su total amarre en nuestra sociedad, fue la contienda electoral de 1988. La eventualidad de que existiera un grupo de priístas que ya no querían seguir siendo como eran —al menos eso decían— y que acabaron por romper con el partido de la entonces “dictadura perfecta”, produjo la posibilidad de que el descontento se canalizara hacia una estructuración completamente nueva de la oposición de izquierda. En ella, los socialismos encontraron al fin el espacio para unificarse superando

las contiendas teórico-estratégicas que durante toda su historia los mantuvo en la marginalidad política, en el grito asustador y desesperado desde el fondo del pozo de una revolución improbable. Muy suavizada, la revolución se acercó cuando estos líderes de la ruptura le pusieron, no sin puntería, el adjetivo de “democrática”.

Los que llenaron el Zócalo como no ha vuelto a ocurrir desde el cierre de campaña de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, así como los maestros que en 1989 poblaron las calles para exigir el fin del cacicazgo oficial, que hace de la educación pública un rehén gobiernista, también contaban entre sus filas un número más que significativo de jóvenes con expectativas y exigencias laborales y sociales. Pero, nuevamente, se trataba de procesos que tenían mucho más que un carácter estrictamente juvenil.

Por lo tanto, insistir en especificidades “juvenológicas”, cuando menos en el ámbito de la política —o, más acotado aún, de la participación política— en realidad reduce la capacidad de la visión, tanto como el objetivo de la observación, sobre las características de estos procesos. En cambio, sí contribuye a la formulación de nuevos pretextos para que la institucionalidad ande su camino de control sobre el desorden humano; para que busque prevenirlo y crearle celdas por las que se sujete a la definición de un orden, para que el redactor de las leyes le ponga otro párrafo a un artículo o el contador asigne el mismo presupuesto a dos partidas más.

¿Por qué, si no, el gobierno de Carlos Salinas, iniciado en el centro del mayor cuestionamiento por su legitimidad que ha vivido la historia del Partido Revolucionario Institucional (PRI), decidió que era inoperante el CREA? ¿Por qué se animó a sustituirlo con una Comisión del Deporte? ¿Por qué, además, realizó Salinas la operación ideológica de convertir la solidaridad —ese valor que realizamos durante las secuelas de los sismos y que nos volvió conscientes por un momento de lo que podíamos— en programa presupuestable y secretaría de Estado repartidora?

Tal vez lo definitivo de este proceso es que, a partir de 1985, los mexicanos comenzamos a encontrar canales extra-institucionales y sobre todo antioficiales, pero no necesariamente ilegales para ser y hacer sociedad, y que en este proceso (en estos procesos), la población joven, aunque sea sólo por su número, ha jugado a veces un papel importante y a veces no. Lo más acertado sería pensar que la juventud va definiéndose en lo colectivo que la trasciende como generación, pero asignándole a ese mismo colectivo, con matices y lagunas, una impresión particular por ser joven.

En alguna conferencia, Monsiváis hizo mofa de las palabras de Carlos Castillo Peraza cuando andaba en campaña, al lanzarse a decir que “la sociedad civil es una señora que nadie sabe dónde vive”, pues para nuestro adalid intelectual los logros que hoy usufructuamos en forma de procesos electorales “ciudadanizados”, como dicen en

todas partes, y con altas probabilidades de transparencia, son producto de una sociedad que a partir de la mitad de la década anterior (o sea hace más de diez años) decidió tomar caminos propios; dejar de ser dentro del Estado y comenzar a hacerse en su margen. Quizá ambos tienen razón: la sociedad civil como concepto o categoría molesta a los investigadores porque no la pueden asir: no hay indicios de que en realidad esté ahí, pero al mismo tiempo, algunos perfiles de la actividad política, desde la tan sonada ciudadanización hasta la pura violencia, hablan de un espacio en la sociedad que se ha salido del huacal.

### III

*Al despertar Gregorio Samsa  
una mañana, después de  
un sueño agitado, se encontró  
en su cama transformado en  
un monstruoso insecto*  
Kafka, 1982: 7

Si Franz Kafka hubiera llegado hasta nuestros días no hubiera sido el fundador que fue del cuento de lo absurdo: sería uno de los cada vez más numerosos teóricos de la transición. Gregorio Samsa, en clima de tolerancia y respeto, tendría derecho a ser cucaracha y a que nadie lo ninguneara por ello. Y si alguien lo hiciera, ahí estarían las comisiones de derechos humanos —¿quién puede negarle sus derechos a una cucaracha que apenas ayer tuvo sólo dos

piernas y cantidad de palabras?— o de pérdida, la Sociedad Protectora de Animales, que no tendría empacho en ganar primeras planas so pretexto de defender el derecho a la vida más que la propia vida de semejante fenómeno.

El caso es que desde mediados de los ochenta, el mundo comenzó a transitar hacia la transición, hasta que llegó a ella en 1989 y en ella decidió permanecer. Después de la Perestroika, del Solidaridad de Walesa, de los conciertos de Roger Waters en Berlín-sin-muro o de Billy Joel en Moscú sin KGB; después de Mandela, de Rigoberta Menchú, de Vaclav Havel, de Frank Zappa y de Milan Kundera, el PRI y el gobierno mexicano se encontraron con una mina de oro para mantenerse pegados a la nación que se les quería ir de las manos. Se sintieron al ritmo de los tiempos: comprobaron que ser los herederos de la primera revolución social del siglo xx los había puesto, mágicamente, en una vanguardia histórica que no tenían que dejar para mantener el poder. Si el mundo transitaba, México transitaba ¿Pero a dónde?

Vargas Llosa estaba equivocado tanto como Fidel el de Cuba. La nuestra no era una dictadura perfecta sino perfectible al son de la liberación que marcaban los países del este al sacudirse el yugo soviético-socialista-real. Tanto les gustó el modelo a nuestros gobernantes, que hasta empezaron a amenazar a todo el país con una incipiente separación con respecto de su partido.

No era cuestión más que de esperar a que por fin muriera Fidel, el otro, y dar uno que otro empujoncito a algunos fidelitos que tardarían todavía mucho en morir, como la Quina o Jongitud.

Que los sindicatos se modernizaran, que entendieran que si se esforzaban tantito podrían aprender a convivir con la modernidad. Que los empresarios asumieran el reto de la competitividad exportadora. Que los campesinos se responsabilizaran como pudieran de su desarrollo a través del mercenarismo en la privatización agraria. Que los jóvenes estudiaran mucha computación...

La izquierda, mientras tanto, aprendió a abandonar su radicalismo, a luchar “dentro del marco de las instituciones democráticas”, con “total apego a la ley”; fórmulas ambas que de tan manoseadas han perdido todo el respeto que alguna vez se les pudo haber tenido. Y los intelectuales le creyeron al equipo salinista cuando decretó que la crisis se había terminado y sustituyeron su teoría superexplicadora de la crisis por un nuevo modelo que parece tener mejores respuestas para todo: el de la transición.

La palabrería sobre transición no se hizo esperar. Hoy se puede incluso perder la cuenta de la cantidad de libros, artículos, tesis y hasta obras gráficas y “perfomanceras” que se realizan bajo el velo del cambio gradual. “Ahí la llevamos”, parecen decir todos cuando piensan y se piensan desde la transición, sin darse cuenta de que la transición es la vida misma; sin observar

que en estos azarosos días estamos apenas comenzando a aterrizar del viaje al que se lanzaron los jóvenes estudiantes del '68 y que ya es demasiado tiempo para pensar que "ahí la llevamos". La transición, insisto, es lo característico de la vida —de la política, de la cultura, de la sociedad— y no lo definitivo. No habrá llegada; habrá siempre camino. Pero se nos ha convertido en una moda: la transición es consumible, tranquiliza, y por eso nos atamos a ella cuando tratamos de explicar lo que somos nosotros mismos.

En una de las búsquedas más interesantes que he encontrado en el marco del análisis de la transición, sobre las formas que ha ido adoptando el "¿cómo somos?" que ahora nos confunde, que no logramos "asir e incorporar" (Canetti, 1982: 199-207),<sup>2</sup> José Sánchez propone la categoría de *ciudadanías fractales* (Sánchez, 1996), y a través de esta formulación intenta identificar el paso o la existencia de nuevas cadenas colectivas de significación-acción.

...definimos la categoría de ciudadanías fractales como una estrategia o mecanismo de coordinación e integración social que se operacionaliza en relación a la percepción del riesgo, en dos sentidos: i) para restituir certidumbres y seguridades psicológicas sobre el entorno, ii) para acceder a bienes materiales o subjetivos que requieren de agregación colectiva y valórica; lo cual dota de sentido a las relaciones sociales y otorga pertenencia socioafectiva a la gente (Sánchez, 1996: 18).

Tal vez la definición tan rigurosa de esta categoría la vuelve coercitiva para con las cosas que pretende explicar, pero la ilustración del contexto que hace posible a las "ciudadanías fractales", las condiciones que producen ese riesgo al que se refiere, es bastante certera:

Ambos aspectos configuran estrategias ciudadanas en respuesta a la ausencia de referentes o en la lucha por el control de recursos escasos ahí donde no existen titularidades o el ejercicio individualista de los derechos y deberes es un escenario improbable (Sánchez, 1996: 18).

Es decir, el maravilloso caos. Lo que desde mi punto de vista consigue este investigador con la noción de *fractalización* es describir una especie de posicionamiento<sup>3</sup> de grupos, que se forman en función de un ámbito de demanda específico u original, y desarrollan —desarrollamos— así formas de acción que atraviesan nuestros mundos cotidianos; que se traducen en posibles lenguajes y que, aunque se cruzan, chocan y saltan con las demás, logran hacerse de un espacio de legitimidad propio, característico. Sánchez toma como ejemplos de distintos niveles a las costureras y a los damnificados de 1985, al proceso electoral de 1988, a una enigmática "reconversión ciudadana" en 1991, al levantamiento armado en Chiapas y a la "eclosión de la violencia política en diversos órdenes de la vida social en 1995" (Sánchez, 1996: 19), todos los cuales son ya, como decía al principio,

puntos de referencia seguros, faros en la noche de nuestra confusión.

#### IV

*Algunos jipitecas, que no eran aferrados a los dogmas de la revolución sicodélica, apoyaron al movimiento de los estudiantes y participaron en las manifestaciones, con todo y su rocanrol y marihuana*  
José Agustín, 1996: 82

Cuando José Agustín trata de explicar el surgimiento de “la onda” (origen de la llamada “contracultura” en México), no puede pasar de largo por el movimiento estudiantil de 1968. No puede dejar de recordar que Monsiváis seguramente estará arrepentido de, en pleno movimiento, haber acusado al sector ácido y rocanrolero de la juventud de ser una forma de “colonialismo mental” (¿serían aquéllos los papás de la “primera generación de norteamericanos nacidos en México?”) (Agustín, 1996: 82). En este reciente texto, que salió en una edición bastante comercial, José Agustín parece querer convencer a la generación X y sus alledañas de que son legítimas y directas herederas de la famosa contracultura de los sesenta, o más aún, de que todo lo que son no implica una transformación importante con respecto de aquéllos que, seguramente junto con él, sentaron las bases para dibu-

jar el contorno moderno de la juventud mexicana. El texto a veces suena pretencioso de tanto mostrar a la contracultura como el único y absoluto universo de creación cultural y de identidad social y política independiente a lo largo de las cinco últimas décadas. Pero, de alguna manera, ésa es su función: es un producto pensado más para vender ejemplares a través de una forma de identificación histórica —lo que efectivamente consigue—, que para explicar las nuevas formas de ser, producto, como veíamos, ya sea de las crisis, de las transiciones o quizá de una que otra ruptura.

A José Agustín le queda bien clara la línea de continuidad trazada entre los pachucos, a los que Paz escamoteaba la identidad rebelde, y los chavos banda, los X, los dark, los new age. Parecen tener en común dos características fundamentales: que son patrimonio casi exclusivamente juvenil y que su discurso, por llamarlo de alguna manera, se sitúa al margen y en confrontación con una frecuentada abstracción: el sistema. Pero en este esquema se pierde lo más importante: se cree que los cambios son sólo de apariencia; en el fondo se trata siempre de una misma familia, con los mismos valores, que de tanto ser idéntica, se parece a la familia ideal porfiriana vista por Pardavé (a quien, por cierto, nunca se le escapó el conflicto como parte necesaria del orden). Como si lo que hubiera logrado José Agustín fuera la institución final

de una tradición en el sentido más antropológico del término.

De esta manera se formó la onda —dice José Agustín—, las manifestaciones culturales de numerosos jóvenes mexicanos que habían filtrado los planteamientos *hippies* a través de la durísima realidad del movimiento estudiantil. Era algo mucho más amplio, que abarcaba a chavos de pelo largo que oían rocanrol, fumaban mariguana y estaban resentidos contra el país en general por la represión antijuvenil de los últimos doce años (Agustín, 1996: 83).

Sin embargo, en un análisis más detenido, la continuidad que busca José Agustín no está ahí. Si algo tienen de cierto los escenarios que fueron descritos como de desintegración social, es el hecho de que sus más crudas manifestaciones (los chavos banda, el narcotráfico, los niños de la calle, la violencia política, los levantamientos armados y hasta las victorias de la oposición convertidas en objeto de negociación cupular) pueden estar más directamente relacionadas con mecanismos de ruptura en el armazón político-social tradicio-



René Magritte, *La Légende des siècles*, 1950

nal que de refuncionalización de lo aparente.

La década de los ochenta aún nos intriga; de alguna manera fue el enigmático caldo de cultivo donde la casualidad, en violenta cópula con la necesidad, gestó características novedosas y cambiantes que nos impiden ver claramente cuáles son las formas de entender lo público, lo privado, lo íntimo y sus relaciones; el poder, la obediencia, el amor y el resentimiento; la participación y la apatía, los canales abiertos, los legales y los subterráneos de nuestros nuevos lenguajes.

¿Hasta dónde es política la moda de fino descuido que usan los clasemedios X? ¿Hasta dónde es sólo voluntad de autoafirmación distintiva frente a lo “viejo”, pero definida desde lo viejo mismo? ¿Cuál es el carácter sociopolítico del imperio de la cumbia y su frivolidad? ¿Qué tanto se enfrentan con el poder del capital las costumbres naturalistas que cada vez llenan más locales en las estaciones del metro; qué tanto lo refuerzan? ¿Es cierto que el consumo de drogas, la autodestrucción, conlleva la alternativa del fastidio como la más radical forma de protesta contra un mundo que no tenía que ser así, pero que hoy carece de culpables tanto como de remedios?

Y por otra parte, como último cuestionamiento que pretende servir de guía escurridiza para la observación de eso que hemos dado en llamar “participación política” e “identidades juveniles”, ¿qué va a pasar con las nuevas formas

de organización y comprensión del mundo, de apropiación y manifestación de lo apropiado, si triunfa el legalismo abstracto de una democracia enredada en sus propios vericuetos, ahogándose en sus propias lagunas, dado su origen eternamente paternal-estatal? ¿Tardaremos otros treinta años para sacudirnos la impresión?

## V

*¡Que vivan los estudiantes!  
jardín de nuestra alegría  
son aves que no se asustan  
de animal ni policía  
Y no les asustan las balas  
ni el ladrar de la jauría  
caramba y zamba la cosa  
que viva la economía*  
Violeta Parra

Queda quizá una claridad entre tanta confusión. Las formas más directamente políticas de participación juvenil han tenido terrenos específicos y quizá sea posible rastrear líneas reales de continuidad a través de presencias individuales y grupales que están vivitas y coleando, o simplemente a través de una tradición de pertenencia social a un entorno, que ha sido nutrida por las clases medias. Se trata de las universitarias. La historia de la participación política universitaria es quizá la más larga que se pueda encontrar. La misma formación de grupos políticos correspondió durante siglos a la institución

universitaria, y hasta nuestros días sigue siendo la movilización universitaria una gran proporcionadora de cuadros para la oposición de izquierda.

El punto de partida sería el movimiento estudiantil de 1987 y su dilusión en las manifestaciones opositoras de 1988; la más reciente estación de paso, las caravanas universitarias, los festivales de apoyo y las cadenas de la paz en Chiapas en favor del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que pasa también por la composición de grupos de observación electoral en 1994 y 1997. En el desfile obrero independiente del 1º de mayo de 1997 —que fue particularmente concurrido en comparación con los de años recientes—, uno de los contingentes más numerosos y definitivamente el más desordenado y escandaloso fue el de los rechazados de la prepa popular, antecedente directo del movimiento de huelga de 1999.

Los universitarios —no los jóvenes en general—, con estrategias que se modifican a veces perceptiblemente, a veces no, no han dejado de ser vanguardia visible de esa señora que algunos dicen no saber dónde vive aunque se tropiecen a diario con ella.

La pregunta por la democracia, que parece ser la única traducción posible de tanto discurso sobre la transición, será si los que ganen esta vez tendrán la apertura para permitir el paso de la cultura democrática y la participación política que se gestan sin el Estado o a pesar suyo, con la dinámica que le im-

primen los propios colectivos, especialmente los juveniles, sin forzarla a cumplir con absurdos requisitos especificados en eternos reglamentos; restricciones burocráticas que consiguen sólo aplazar la transformación.

#### POST SCRÍPTUM

*Huelga, luego existo*  
Graffiti en los muros  
de la UNAM, 1999

En abril de 1999 el rector de la UNAM, Francisco Barnés de Castro, presentó un proyecto de reforma al Reglamento General de Pagos de esa institución que no tardó en revivir el movimiento de rechazo que se había experimentado en 1987-1988, cuando el entonces rector Jorge Carpizo intentó algo similar.

Los líderes de entonces pasaron, de una manera casi directa, a formar parte de la izquierda partidaria que se aglutinó en 1988 en torno del Partido de la Revolución Democrática (PRD), y para nadie resulta un secreto que mantuvieron su vinculación con los universitarios más tarde, en 1994, en los procesos de apoyo al EZLN en Chiapas, especialmente a través de las caravanas universitarias, y de manera marcada en el proceso de organización de la Convención Nacional Democrática de agosto de ese año. Los diarios nacionales, con una fuerte dosis de alarmismo, hicieron conocer en abril de 1999 que aquellos líderes, ahora incorporados a la estruc-

tura gubernamental del “primer gobierno democrático de la Ciudad de México”, seguían en contacto con los grupos universitarios que habrían de encabezar, a partir de fines de abril, el Consejo General de Huelga (CGH). Hoy, a fines de julio, el movimiento estudiantil continúa, incluso contra los pronósticos de desgaste que generaron muchos medios de comunicación, e incluso cuando el rector Barnés ha echado para atrás, en cierto modo, la reforma.

Durante estos 100 días de huelga, los jóvenes universitarios se han hecho presentes en una movilización que ellos mismos conciben como política y de largo alcance. El hecho de no detener el proceso de huelga aun cuando las autoridades universitarias se han retractado en cierta medida de las decisiones que provocaron el movimiento, habla de los alcances que pretenden los universitarios.

Sin embargo, los medios de comunicación nos han hecho saber también que no se trata de un movimiento monolítico, como no lo fueron tampoco ni el de 1968 ni el de 1987. La aparición de los “ultras” como un grupo radical, en confrontación con los “moderados”, dio pie a hipótesis en muchos medios acerca de la manipulación del movimiento por ciertos grupos y a la presencia de fuertes contingentes “institucionales”, que aprueban las reformas propuestas por Barnés y que rechazan el movimiento de huelga. Sin embargo, éste reviste características novedosas

en torno a la participación política estudiantil, especialmente el hecho de haber adoptado una estrategia de rotación de voceros y de ausencia de liderazgos identificables, con lo que por un lado se cumple un requerimiento de democracia horizontal en el interior del mismo CGH, y por el otro se establece una táctica de ausencia de voceros fijos que desconcierta permanentemente a las autoridades.

Éste es, por supuesto, un tema inconcluso, pero su aparición permite corroborar en alguna medida la hipótesis esgrimida hasta aquí: que la situación universitaria es la única que hasta ahora ha permitido procesos de participación política específicamente juvenil, en la que son los propios estudiantes —con la participación más o menos indirecta de representantes de otras fuerzas políticas instituidas—, quienes definen sus objetivos, sus formas de organización y sus estrategias de acción política.

En un artículo titulado “El problema de las generaciones”, Karl Mannheim (cit. en Rositi, 1980: 208 y en Zeitlin, 1980)<sup>4</sup> proponía un esquema teórico para tratar de explicar la presencia política de una generación específica. En este esquema, Mannheim sostenía que hay tres estadios por los que puede pasar una misma generación en términos de su presencia política en la sociedad. El primer estadio correspondía a una “situación generacional”, en la que una porción de la población comparte

su pertenencia simple a un rango de edad. En determinadas circunstancias, por ejemplo en la vivencia de modas o de movimientos culturales como los de los sesenta o los de la llamada “generación X”, esta situación generacional puede convertirse en un “vínculo generacional”: quienes comparten la situación de edad comparten también, en mayor o menor medida, una serie de patrones culturales, aunque esto no necesariamente lleva a la movilización. Y en condiciones más concretas, el vínculo generacional puede convertirse en “unidad generacional”, que sería el caso de la juventud universitaria en el contexto de las reformas propuestas por las autoridades que generan una respuesta casi unánime. Pero esto no significa que toda la juventud comparta las mismas motivaciones políticas; es decir, sólo los estudiantes, y sólo cierto grupo de estudiantes, mantienen la unidad en torno de una forma de movilización política.

Lo importante, más allá de la justicia o falta de justicia del movimiento en sus connotaciones políticas, es que éstas son definidas y realizadas por los propios jóvenes estudiantes, sin una participación definitiva de miembros de otras generaciones.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Las bandas juveniles de los años ochenta “invadieron” la tranquilidad de las clases medias y altas. El espacio públi-

co de la miseria por ellos representado se metió en el espacio privado de la familia, y por supuesto, a través de la violación —simbólica y real— de la intimidad; del cuerpo mismo.

<sup>2</sup> Elías Canetti, en *Masa y poder*, define el acto de la mano, el de asir e incorporar, como la acción que transforma a lo otro en mío haciéndolo parte de aquello que me identifica. Claro que eso es también para Canetti, el primer indicio del poder: el agarrar.

<sup>3</sup> Esta vez el barbarismo academicista es mío; lo tomo prestado, intentando una infructuosa ironía, del lenguaje mercadotécnico y publicitario que con él describe el momento en que un producto encuentra su particular “nicho de mercado”.

<sup>4</sup> El artículo original en que Mannheim propone estas categorías es “El problema de las generaciones”, publicado en español, hasta donde sabemos, sólo en alguna revista española de los sesenta.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, José  
1996 *La contracultura en México*, Grijalbo, México.
- Canetti, Elías  
1982 *Masa y poder*, Muchnik editores, Barcelona.
- Kafka, Franz  
1982 *La metamorfosis y otros cuentos*, Nuevomar, México.
- Morin, Edgar  
s/f *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona.  
s/f *Sociología*, Tecnos, Madrid.
- Paso, Fernando del  
1993 *Palinuro de México*, Plaza y Janés, Barcelona.
- Paz, Octavio  
1987 *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rositi, Franco  
1980 *Historia y teoría de la cultura de masas*, Gustavo Gili, Barcelona.

Carlos Maza

Sánchez Jiménez, José

1996 *Ciudadanías fractales en el horizonte de una década: máscaras del caos en la ciudad de México de 1985 a 1995*, tesis de maestría

en Ciencias Sociales, FLACSO-México.

Zeitlin, Irving

1980 *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.